

lados, la primera es la de San Francisco de Paula, y se distingue por su magnífica ornamentación de mármoles y bronce. En una de las capillas á la derecha venérase la imagen de la Santísima Virgen representada en el misterio de la Concepción; fué la misma que vió animada Ratisbona al obrarse su conversión al Catolicismo. La celebridad de esta imagen reconoce por origen no sólo éste sino muchos otros prodigios que refiere la tradición de los devotos. Es original del Caballero Carta. En el altar mayor el Santo titular es obra de Baldi; los dos ángeles de la balaustrada del presbiterio fueron ejecutados por el Bernini.

En esta iglesia hay varias tumbas de artistas célebres: nos detuvimos delante de la que encierra los restos de Angélica Kauffman, inspirada pintora alemana, y en la sacristía nos llamó la atención el sepulcro de Lorenzo, príncipe de Marruecos, nieto del soberano de aquel país, que habiendo abjurado el Islamismo fué bautizado en Roma en el año 1753 por el Papa Clemente XII.

## CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO.

Los palacios de Roma.—El palacio Barberini.—El Colegio de *Propaganda Fides*.—La Plaza de España.—La Columna de la Purísima Concepción.—Santa Trinidad de los Montes.—La Academia de Francia.—El Paseo del Pincio.—La Villa Borghese.

LA mayor parte de las familias nobles de Roma que habitan en grandes palacios, cuentan entre sus miembros alguno ó algunos de los Sumos Pontífices que han reinado como soberanos en tiempos anteriores. Habiéndose distinguido el mayor número de estos soberanos por una protección decidida en favor de las bellas artes, no parece extraño que en los palacios que les pertenecieron ó fueron erigidos por sus deudos, se hayan coleccionado preciosos objetos, los cuales forman actualmente la principal riqueza de esas familias, que han constituido en una venerable vinculación esos tesoros de joyas artísticas que les fueron legados por sus mayores. Laudable costumbre esa de conservar en la familia sin enagenar los palacios en que vivieron nuestros padres de muchas generaciones atrás, los muebles que usaron, las obras de arte que formaban su encanto ó eran objeto de su estudio, las bibliotecas en que adquirieron la ciencia. A esta costumbre debe Roma la existencia de tantas casas seculares, admiración de los viajeros; de tantas galerías, escuela de los artistas; de tantas bibliotecas, fuente de saber para los eruditos. Día llegará, tal vez no muy distante, en que las teorías económicas modernas que han invadido el sagrado de la familia, llegarán á ponerse en práctica por la nobleza romana, y la codicia y



la sórdida especulación hará dispersar por el mundo esas inmensas riquezas acumuladas en los palacios de Roma, quitando á la gran Ciudad una parte no despreciable del atractivo que tiene para el viajero.

Pensando así estábamos al contemplar la soberbia fachada del palacio Barberini, que habíamos visto de paso en otras muchas ocasiones y ahora nos tocaba visitar.

La nobleza de la familia data de la exaltación al Pontificado del Cardenal Maffeo Barberini, que fué Papa con el nombre de Urbano VIII, en el primer tercio del siglo XVII. Durante el reinado de este Pontífice, Carlos Maderno comenzó la construcción del edificio que continuó Borromini, su discípulo, y acabó el Bernini. Obra de tres grandes ingenios este palacio, ya se deja entender que su arquitectura y su magnificencia tiene pocos rivales en la ciudad de los palacios. ¡Lástima que para su construcción se hubiesen tomado los materiales del Colosseo, contribuyendo así á la obra de devastación que nos ha dejado ese gran monumento de la antigüedad en el lamentable estado de deterioro en que se encuentra! No sin razón fueron calificados de más bárbaros que los mismos bárbaros esos príncipes Barberini.

La fachada principal del palacio se compone de dos elegantes pabellones unidos por una magnífica reja que se extiende delante del cuerpo central del edificio. Los pabellones decorados sobriamente con pilastras corintias y con bellas columnas dóricas y jónicas, dejan triunfar el cuerpo de en medio que se alza en tres pisos, con ventanas adornadas artísticamente. Un pórtico sirve de vestíbulo, y ofrece la particularidad arquitectónica de que los arcos se van reduciendo al interior para ofrecer á la vista una doble perspectiva de muy buen efecto.

Pasando del pórtico sorprende al visitante el admirable aspecto de una escalera en espiral, sostenida por elegantes columnas gemelas y cercada de muy bellos balaustrados, produciendo el efecto de una amplia y elevadísima torre de varios pisos circundados de corredores. Esta escalera fué ejecutada según el trazo que dió el Bramante para una igual

que ya existía en el Vaticano. Llama la atención en esta escalera, sus gradas tan anchas que se tiene que dar más de un paso para llevar los pies de una á la otra, y tan bajas que podría sin dificultad subirse por ellas á caballo.

Esta escalera es la que conduce á la galería de los cuadros, que se halla separada de los otros departamentos del palacio, y está en el piso principal. Muchas y bellas pinturas enriquecen esta galería, que se compone de tres salas. En la primera llaman la atención, Adán y Eva por Pomarancio, un pequeño cuadro de Andrés Sacchi en el cual se ve en el fondo de un bosque cerrado á San Antonio resucitando á un muerto; una Santa Cecilia de Lanfranc, una Magdalena de Pomarancio, un retrato del Papa Sixto V, de la escuela del Ticiano, y una magnífica pintura del Guercino que representa á Sophonisbe con la copa de veneno en la mano dándose la muerte.

En la sala siguiente son notables, un retrato de Marco Antonio Barberini por Maratta y otro de Urbano VIII por Andrés Sacchi, unos cuadros de paisaje que se atribuyen á Poussin; Jesús en el huerto de los Olivos, de Correggio, una Virgen con varios santos, de Francisco Francia; una Bacanal por Romanelli, y el retrato de Pomarancio pintado por él mismo.

La tercera sala es la que ostenta las mayores preciosidades.

Allí está la muerte de Germánico, que ha sido reputada como la obra maestra de Nicolás Poussin; allí los admirables paisajes de Claudio Lorrain; allí la Fornarina de Rafael, uno de los cuadros más bellos que pintó el incomparable artista; allí por último una de las mejores obras de Guido Reni, el retrato de la desgraciada Beatriz Cenci.....

Después de haber visitado la galería, saliendo á la escalera espiral, no pudimos resistir al deseo de ascender por ella hasta el piso superior, en donde nos encontramos en una magnífica estancia de bóveda. Este departamento no está abierto para el público. Un paje vestido con librea á la romana se nos presentó saludándonos con amabilidad y cortesía.



—¿Podría yo visitar, le dijimos, este departamento?

—No se abre nunca para el público, nos respondió; pero mientras usted ve las pinturas que adornan esta sala, acabarán de comer los señores, y obtendrá usted permiso de visitar la biblioteca.

Agradecemos su deferencia al doméstico y pasamos al salón, en donde no sentimos que se nos hubiera hecho esperar más de una hora. La bóveda de la sala está cubierta con los mejores frescos de Pedro de Cortona. El asunto de la pintura es el triunfo de la gloria, representado por atributos de la casa Barberini. Está dividida la pintura en cinco secciones. En la del centro se ostentan triunfantes las armas de la familia, llevadas al Cielo por las virtudes delante de la Augusta Majestad de Dios, que se ve acompañada del Tiempo, de la Eternidad y de otras varias representaciones simbólicas. En la segunda sección aparecen la Religión y la Fe personificadas en bellísimas matronas; á sus lados se ven dos alegorías paganas, la de la sensualidad y un Sileno. En el tercer compartimento están representadas la Justicia y la Abundancia, y abajo la Caridad y Hércules matando á las Harpías. La cuarta sección representa á la Iglesia y á la Prudencia, á cuyos pies se ven la fragua de Vulcano y la Paz. En el quinto, Minerva derribando á los Titanes.

En una de las paredes longitudinales del salón, está un magnífico retrato de Urbano VIII y en frente dos grandes cuadros apaisados curiosísimos, que representan procesiones papales al aire libre, ofreciendo numerosos grupos de personajes eclesiásticos y seculares vestidos con los pintorescos trajes y uniformes de los siglos XVI y XVII.

La sala que acabamos de describir sirve de tránsito á diversos departamentos de la casa y al comedor. Pasada una hora que hacía nos hallábamos allí, vimos salir del comedor á los señores de la casa. Primeramente un sacerdote que sería el capellán, después un caballero joven y luego otro de más edad. En seguida se presentó el mayordomo; el paje de servicio le manifestó el objeto que allí nos detenía. El mayordomo se acercó á nosotros, nos saludó cortesmente, y

abriendo una puerta por donde habían desaparecido las personas que se hallaban en el comedor, nos introdujo á una sala y después á otro gabinete, y luego á una cámara y después á otra y otra. Lujosos muebles de antigua construcción, bellos cuadros con elegantísimos marcos, estatuas, jarrones de mármol y de bronce; multitud de objetos que no es posible describir, forman el adorno de los departamentos interiores del palacio. Con la mortificación que causa entrar en las habitaciones de personas á quienes no se conoce, recorriamos con la vista todo aquello sin detenernos demasiado y procurando no fastidiar con repetidas preguntas á nuestro amable *cicerone*. Entretanto avanzaba la tarde y no habíamos llegado á la biblioteca. Díjonos el mayordomo que no tendríamos tiempo de visitarla y nos invitó á que volviésemos otro día. Dándole las gracias por su deferencia, nos retiramos con el propósito de volver, lo que no pudimos realizar. Transmitiremos al lector los informes que acerca de ella habíamos adquirido.

Consta de 60,000 volúmenes de libros impresos y más de 8,000 de códices y manuscritos preciosos. Se nos dijo que entre estos se halla el muy célebre de Sangallo de 1419, que contiene dibujos de monumentos antiguos en el estado en que se conservaban en aquella época. Este interesante manuscrito ha servido para la restauración de algunos edificios de la antigüedad pagana, y para el conocimiento de otros que han desaparecido ó de los que sólo nos quedan vestigios. Hay dos preciosos misales, uno de ellos hecho por Julio Clovio para el Cardenal Ximenes, con curiosas miniaturas, y otro pintado por Ghirlandaio. Existen también varias inscripciones antiquísimas en lápidas de mármol y otra multitud de objetos de la antigüedad.

Desde que el Salvador del mundo confirió á sus apóstoles la misión divina de evangelizar á las naciones, pronunciando aquellas solemnes palabras: "id y predicad el Evangelio á todas las gentes," la Religión cristiana quedó establecida como la religión de la humanidad. Los apóstoles, en desempeño de tan importante misión, se dispersaron por el mundo,



y pocos siglos después la Fe en Jesucristo había sido propagada universalmente y el Evangelio era conocido y practicado en toda la extensión de la tierra. Sabido es que muchas naciones se hicieron indignas de conservar ésta, y en el transcurso de los tiempos fué desapareciendo de muchos pueblos, que abandonados á sí mismos, volvieron á caer en el gentilismo y en la barbarie. África, Asia, y aun América, en donde no puede dudarse ya que fué plantada la Cruz en remotos tiempos (1), cerraron los ojos á la luz y permanecieron casi en totalidad sepultadas en el olvido absoluto de las creencias en que habían sido nutridas en mejores épocas. La civilización cristiana huyó de esas naciones, y ha sido necesario que la conquista primero y la predicación evangélica después, hayan venido paulatinamente á restaurar en parte ese gran edificio que tiene por cimienta el Gólgota. A partir del siglo XVI el ministerio de la evangelización adquirió nueva vida, y los misioneros católicos se abrieron paso entre los infieles, tomando la brecha que abrían los conquistadores, y con la Cruz en la mano llevaban la Fe á las más apartadas regiones. Los hijos de Francisco de Asís y Domingo de Guzmán

(1) No se crea que prohijamos las extrañas opiniones del P. D. Leovardo Teresa de Mier, acerca de la predicación del Evangelio en América por Santo Tomás; ni mucho menos la versión aquella relativa á la Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe en la capa del Apóstol. Los eruditos saben muy bien que no han faltado escritores muy respetables que, fundados en las tradiciones de nuestros aborígenes y en algunos monumentos de fecha muy anterior al descubrimiento de América, han formado la opinión que tenemos nosotros de que los dos Continentes en tiempos remotos se hallaban unidos, y de que los primeros propagandistas del Cristianismo hicieron oír su voz en nuestras regiones de América. Extenderíase en este hemisferio más ó menos la predicación evangélica; pero no creemos aventurada la opinión de que la Cruz fué plantada en esta parte del mundo siglos antes de que fuese descubierta por Cristóbal Colón. Un plano antiquísimo que existe en el Vaticano y tuvimos la satisfacción de examinar en una de nuestras visitas, nos ha confirmado en esta opinión, que acaso algún día podremos formular de una manera definitiva, apoyándonos en documentos incontestables.

Lejos de nosotros la pretensión de disminuir en un ápice la gloria de Cristóbal Colón, cuya memoria veneramos. Sabido es que en el siglo XV era general y defendida por los sabios la opinión de que más allá de las costas de Europa no existía sino el "Mar tenebroso." Era necesario tener una alma como la del célebre Almirante para haberse lanzado como se lanzó á ese Mar; si bien no en busca de tierras desconocidas, sino tratando de hallar el paso á otras regiones de cuya existencia se tenía conocimiento.

y los soldados de Ignacio de Loyola, obedeciendo á una muy hábil organización é inspirados de un celo verdaderamente apostólico, llevaron triunfante el Lábaro sagrado, alcanzando con la palabra lo que las armas por sí solas no hubieran conseguido; extender hasta los confines del mundo una religión eminentemente civilizadora, que cambió el modo de ser de los pueblos, desterrando con la idolatría la más estúpida y sangrienta barbarie.

A Roma como centro y cabeza de la Cristiandad, tocaba dirigir este movimiento regenerador, y á ese fin dictaba las providencias y ordenamientos que creía convenientes, y á ese fin de mucho tiempo atrás se hallaba establecida una Congregación de Cardenales, cuyo único objeto ha sido organizar y favorecer los importantes trabajos de las misiones.

Las dificultades que ofrecían á los misioneros la diversidad de idiomas y la desconfianza que es natural engendre en los países salvajes la presencia de los extranjeros, vino á indicar la conveniencia de establecer una escuela de evangelización formada con individuos de las diversas razas que pueblan la tierra, para crear obreros á quienes fuese menos dificultosa la tarea del apostolado y ejerciesen ésta con mejor éxito entre sus mismos compatriotas.

Obedeciendo á esta conveniencia, Gregorio XV tuvo la feliz inspiración de crear el Colegio de *Propaganda Fides*, la institución más importante acaso y de mayor trascendencia para la obra de civilización encomendada á los Sumos Pontífices. Urbano VIII completó la gloriosa empresa de su antecesor, y desde principios del siglo XVII quedó fundado en Roma este gran Seminario de Propaganda, cuyo edificio, grandioso como la institución á que sirve, fué comenzado por el Bernini y lo acabó Borromini. Hállase situado en la plaza de España y merece ser visitado, menos como un soberbio monumento de arquitectura, que como el establecimiento más interesante de enseñanza que se haya fundado en el mundo. En este colegio son admitidos jóvenes de todas las naciones infieles y herejes, para recibir una educación religiosa y una sabia



enseñanza, con el objeto de ir á servir después á las misiones católicas de sus respectivos países.

Figúrese el lector una reunión de jóvenes de distintas razas, que se marcan por el color, la configuración y el idioma, obediendo á un solo reglamento y á una sola disciplina; creyendo en el mismo Dios, recibiendo idéntica educación é inspirándose en los mismos sentimientos. La raza caucásica fraternizando con la etiópica, la mongola y la malaya; el inglés de cabellos de oro junto al etiope de negro cutis y lanoso pelo; el americano del Norte y el ruso de robustas formas y elevada talla, al lado del raquíptico japonés, del escuálido chino y del enano habitante de la Oceanía; el árabe de nariz aguileña y cabeza rapada, cerca del indio de nariz roma y pómulos salientes. Allí están reunidos los hombres del Norte con los del Mediodía, los del Oriente con los del Occidente; los habitantes de Groenlandia con los del Cabo de Hornos, los de Berbería con los de Nueva Guinea; los que se hielan en los polos y los que se abrasan en el ecuador; los que viven olvidados en las más apartadas islas; los que no caben ya en el vasto territorio del Celeste imperio.

Acercándose el visitante á los diversos grupos de jóvenes á la hora de la recreación, oirá pronunciar todas las lenguas principales que se hablan en el mundo: el hebreo, el griego, el sirio y el caldeo; el árabe, el chino, el persa y la lengua del Indostán; el copto y las lenguas etiópica y del Sudán; el inglés, el ruso, el holandés, el alemán y el tudesco. Y toda esta gente nacida en tan opuestos climas, venida de países tan distantes entre sí, y hablando idiomas de tan diferente índole, viven bajo el mismo techo, comen á la misma mesa, y cursan las mismas clases y oran al mismo Dios.

Y esta gente forma una sola familia y se une en un solo sentimiento, y mañana se dispersará por el mundo y llevará cada cual á su país el contingente de Fe, de moralidad, de civilización y de ciencia, con el cual ayudará eficazmente á propagar el reinado universal de Jesucristo, que algún día será una realidad, como está profetizado. ¡Sublime

institución que realiza en la escuela el bello ideal de la fraternidad de todos los hombres, preparando los caminos para la reunión de la humanidad en una sola familia! Por este medio llegará la Iglesia católica á unir á los hombres con los estrechos vínculos de la caridad cristiana, sin recurrir á pactos secretos, á consignas reservadas y á signos grotescos con que una secta enemiga de Dios ha pretendido inútilmente ligar á los hombres de todos los países.

El Colegio de *Propaganda Fides*, que también se llama *Urbano*, para honrar á uno de sus eminentes fundadores, reúne todas las condiciones necesarias y convenientes para su objeto. Dispone de una magnífica biblioteca provista de libros orientales y pergaminos coptos y otra multitud de obras de erudición y consulta: de la biblioteca forma parte un museo que contiene objetos curiosos como medallas antiguas, piedras, etc. Anexa al Colegio hay una gran imprenta, riquísima en tipos de las lenguas orientales, góticas y sajonas, donde se hacen impresiones en muchos de los idiomas conocidos. Tenemos á la vista el cuaderno programa de una función literaria del Colegio en que se debían leer composiciones en prosa y verso en CUARENTA Y CINCO idiomas diferentes, de Europa, de Asia y de África. Júzguese por este solo dato de la importancia de la institución fundada por Gregorio XV y Urbano VIII.

Saliendo del Colegio por la puerta principal, nos encontramos en la plaza de España, llamada así por estar situada en ella de siglos atrás un palacio que pertenece á dicha nación, en el cual reside su Embajada cerca de la Santa Sede. El principal adorno de esta plaza es el monumento erigido por Pío IX en honra de la Inmaculada Concepción en el año de 1856, conmemorativo además de la definición dogmática de este Misterio. Una hermosa columna de mármol, encontrada en 1778 que desde entonces permaneció en el suelo, abajo del palacio de Monte Citorio, fué destinada por el Pontífice para formar el monumento.

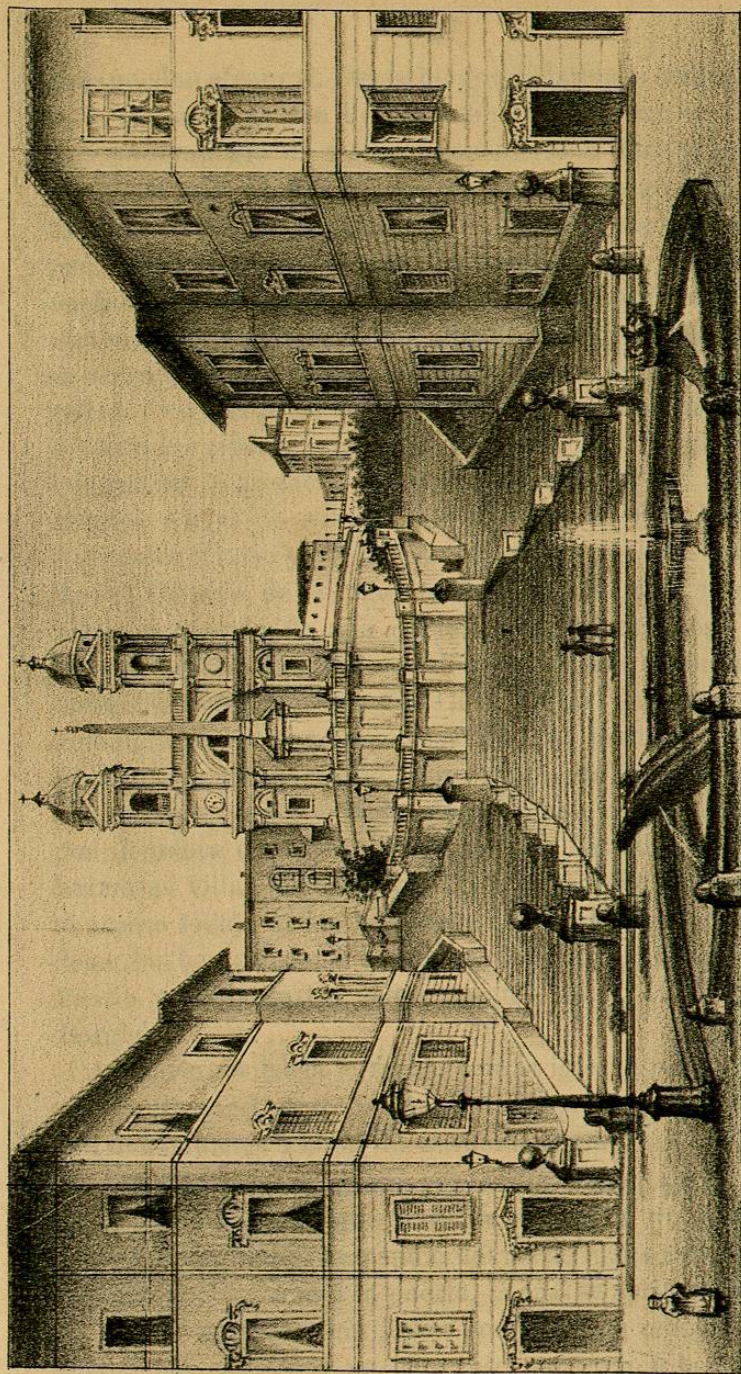
Sobre un sub-basamento octágono del cual nacen cuatro pedestales que reciben las estatuas de los profetas que ha-



blaron de una manera especial de la Virgen Inmaculada, Moisés, David, Isaías y Ezequiel, se levanta la columna, sobre cuyo capitel, arriba de un mundo en que resaltan los emblemas de los cuatro Evangelistas, se alza la estatua colosal de María, fundida en bronce bajo el modelo del escultor Obici. Cada una de las cuatro faces principales del octágono contiene un bajo-relieve en mármol, representando la Declaración dogmática, el Sueño de San José, la Coronación de la Virgen en el Cielo y la Anunciación. En el pedestal de la columna están colocadas las armas de Pío IX, cinceladas en bronce, y dos inscripciones que recuerdan el objeto con que fué erigida, y su inauguración el 8 de Setiembre de 1857. La altura del monumento desde el suelo hasta la cabeza de la estatua es de 29 metros 23 centímetros.

Sorprendente es el efecto que produce la vista de Santa Trinidad de los Montes, sobre la plaza de España. Imagínese una colina de gran elevación revestida de la falda á la cima con macizas, simétricas y elegantes construcciones, rematando con una iglesia de graciosa fachada con dos preciosas torres, y delante una aguja egipcia como formando una tercera torrecilla en medio de las anteriores. Concíbese una montaña cubierta desde la base hasta la cumbre, con amplísimas y cómodas escalinatas y escaleras de mármol, con plataformas, con balaustradas, con postes, con encortinados de pórfido y de travertino. En el desembarque de esta magnífica escalera, una fuente de extraña forma, figurando una embarcación de medianas proporciones, como que brinda con la frescura de sus aguas al viandante que llega fatigado de sus excursiones por la ciudad y necesita de algún refrigerio antes de emprender el ascenso á la montaña. Subamos lentamente por aquellas escalinatas, deteniéndonos en cada plataforma para mirar hacia abajo é ir abarcando con la vista el bello panorama que se va descubriendo delante de nosotros.

Al llegar á la plaza en cuyo centro está el obelisco egipcio que mandó erigir Pío VI en 1789 y mide 14<sup>m.</sup> 17<sup>c.</sup> sin el pedestal, vuelta la espalda al monumento, después de haberlo examinado, dirijamos nuestras miradas en la extensión que



LT. DE N. PIARTE.

SANTA TRINIDAD DEL MONTE.